

PUNTOS O LA LEY DE HEISENBERG

IDA VITALE

Aidons l'hydre à vider son brouillard.
Mallarmé, claro.

***17** de marzo, día de San Patricio. Oigo unas bellísimas canciones irlandesas, acompañadas de arpa. Una, *The Spanish Lady*, incluye una cita musical, relacionada con el título. Como casi siempre que aparece esa imprecisa entidad, lo hispanoamericano, también aparece una equivocación. Se trata de un breve recuerdo, que no se repite, de *La paloma*, del mexicano Iradier.

Es raro que los errores no se sumen, como un impuesto al valor agregado, a las siempre sorprendentes menciones de un autor de lengua española o del nombre de un libro suyo o de una cita, incluso de aquellas, las más honrosas, que se disponen al comienzo de un libro o de una parte de él. Eugenio Montale, abre sus *Mottetti* con una cita de Bécquer, idéntica en sucesivas ediciones: y en *el bolcán la flor*, que no será corregida hasta las obras en verso completas de 1980 (Einaudi). Quien no tuviera presente el breve poema español podría dudar entre el justo *volcán* y un *balcón* posible. *Le hussard sur le toit*, de Jean Giono, terrible —y si cabe decirlo—, bella descripción del cólera, se abre con una cita de Calderón: *Si es Catalina de Acosta que anda buscando la sua estatua*. Así en edición de 1995. En la primera estaba mucho más lejos del original.

* Uno suele arrastrar un marco clasificatorio pero también la constancia para lograr su implosión. Solemos atender a rasgos o gustos laterales. Ya no me sorprende al descubrir que Palladio, mientras construye uno tras otros los palacios de la armónica Vicenza, tiene tiempo y ganas de escribir música. Ni ante la escritura como el "violon d'Ingres" de Wim Wenders, al toparme con el largo texto con que presenta, en *Una vez*, las fotos que ha ido tomando por el mundo. Todavía me precipito sobre una música para piano, esta vez de Nietzsche; no importa que luego me defraude. O sobre *Quel bowling sul Tevere*, que Miche-

langelo Antonioni escribió en 1983. Sus páginas encierran temas dispares: reflexiones varias, posibles guiones, sobre todo aquellos que declaró de imposible realización no bien imaginados.

Leyendo en Borges la mención de una batalla campal entre musulmanes e hindúes, recuerda una pelea que sin duda no tenía motivos religiosos, dentro de una turba furibunda de romanos que se atacaban unos a otros sin ton ni son. Quizás porque he tenido la fortuna de que no me tocara un terremoto *de adeweras*, como dice el pueblo mexicano, ni inundaciones graves ni riesgos del mar, creo que las peores formas del desorden provienen del hombre. Los vendavales con ramas y objetos que vuelan, incluso la copa en espiral del tornado, ese humo gris que avanza girando sobre sí mismo desde el horizonte, parece más razonable que el torbellino del hombre desatado.

* Citamos siempre *Cuando despertó el dinosaurio todavía estaba allí*, de Monterroso, como el cuento más breve del mundo. Un poema de amor brevísimo y completo sería: *Quisiera ser convexo para tu mano cóncava*, si Gerardo Diego no hubiera cometido el error de prolongar lo ya suficiente.

* *Despedazados van los tribunales*, decía Aldana en su eternidad no envejecida. Que se despedacen ellos no parece demasiado grave. Lo grave es que una sociedad se vea comprometida por conductas circenses de esos tribunales situados en sus más altos rangos, que ella acata y a los que capacita para que le impriman sus sellos.

No hace tanto una autoridad de Houston decía, refiriéndose al último juicio que estaba haciendo antesala en la apatencia de conmociones de la gente: "aquí no tendremos el circo que hubo en California". Aludía a la fiesta de horror constituida por un juicio por doble asesinato incluyendo uxoricidio en donde se enfrentaron blancos y negros y en el que, una vez más, se demostró que de la secular injusticia contra éstos se ha pasado a cerrar los ojos protectoramente, para evitar la pronta acusación de racismo. Claro que

en este caso se estaba ante un hombre *de color*, pero deportista famoso y millonario capaz de pagar todos los abogados que hiciera falta.

* ¡Caramba, que van a decir los verdes! El tahalí de don Quijote es de piel de lobos marinos. (Cap. XVIII)

* No una puesta en escena: en una vaga puesta, una escena. Una escena compuesta por huecos de posibilidades perdidas, desechadas, marginadas hasta la anulación de toda capacidad de producirse, de generarse, de salir de la nada. Como un huevo vacío, del que hubiera escapado, por una perforación invisible, no su contenido sino la promesa, la irrealizada voluntad de existir.

* Winckelmann exaltaba un arte que nunca fue a ver, el griego. Más de un siglo después y desde el Uruguay, Francisco Espínola, escritor excelente, en sus clases de literatura griega leía la *Iliada*, midiéndola con metrónomo, en la traducción de Segalá y Estalella. Supongo que así como nadie llega por primera vez a París, nadie es totalmente ajeno a la ilusión de tener dentro su Grecia.

* —“¿Por qué cita usted tan a menudo a ese señor? ¿Piensa como él?” “Tan a menudo discrepa uno con tantos que disientir con alguien inteligente es un placer”

* La inolvidable protagonista de *Zazie dans le métro* manifiesta, al comienzo de la novela, una sorprendente vocación pedagógica, cuyo misterio se resuelve de inmediato: quiere ser maestra, pero para torturar a los niños. El tío pretende desilusionarla mediante una información tecnofila: asegurando que las maestras van a ser “reemplazadas por el cine, la T.V., la electrónica y trucos por el estilo”. Queneau publicó su novela en 1959; la idea, buena para apaciguar a Zazie, parecía utópica. Hoy, aquí, comienzan a eliminarse los tutores de lenguas, que ceden su lugar ante las computadoras, sin que esté todavía probado que el nivel del aprendizaje, en marcado descenso, vaya a ser corregido por la enseñanza mecánica, sin duda libre de la posibilidad de la tortura proveniente de un maestro harto de torpezas o torpe.

* Momentos en que la humanidad da prueba, a través de seres aislados, de su humanidad:

1) Nietzsche abraza al caballo martirizado por un cochero.

2) Dino Campana censura los libros suyos que vende o regala en los cafés: a uno le quita un poema,

a otros varios. A alguno sólo le entrega las tapas. Todos hacen la crítica de las obras y a veces, lo que es peor, de los autores detrás de las obras. Campana tenía el derecho de hacer la crítica del posible lector, con innegable honestidad, ya que llevaba todas las de perder.

3) Siento que puedo incluir aquí un poema de Emily Dickinson porque, como tantos suyos, es un momento de humanidad adensada:

*Una pradera puede hacerse
con un trébol y una abeja,
un trébol y una abeja
y ensueño.
El ensueño basta
si son pocas las abejas.*

Como ejemplos tomados de escritores parecen escasos. Me prometo tratar de aducir más. Sé que no me costaría encontrar alguno en Max Jacob.

* El hombre es una criatura incompleta que ama a su contrario, argumentaba Platón. Alguien como Henry Miller, que basó su estilo en una exhibición sin inhibiciones de su realidad, que parecía carecer de carencias, dice que daría su brazo derecho por haber escrito los libros de Lewis Carroll, por haber podido acercarse a lo que él hizo: le “gustaría escribir puros disparates”. ¿Querrá esto decir, aunque no esté implícitamente declarado, que abjura de la estética que orientó su obra? ¿Pero se puede cambiar de estética sin cambiar de alma? Esta espontánea, honesta afirmación de Miller me lo hace más grande que todas sus novelas, porque siento en él el desamparo que lo ha movido no sé si a querer abandonar el alma con que las escribió, pero sí a lavarla en las fuentes de una infancia perpetua.

* De muy joven oía con cierta periodicidad, en Montevideo y en la estación de radio oficial, que en aquellos buenos tiempos se limitaba discretamente a transmitir la mejor música clásica que podía conseguirse, tres prodigiosos *Conciertos espirituales* de Schütz. Eran breves, aparecían al llegarles su turno en la programación, y no siempre, claro, podía escucharlos, y era lo único disponible de un autor del que no lograba saber mucho más. Supongo que ciertos datos biográficos estaban disponibles en historias de la música. Pero eso era como suplir un bosque con virutas viejas. Hoy hay muchas obras suyas grabadas. Su *Concierto de Navidad* me instaló en la misma maravilla que aquellos conciertos, pero seguí obsesionada buscando éstos hasta que aparecieron en tres discos compactos. Experimenté en carne —o en espíritu vivo— aquello de que la vida es una larga paciencia.

Llevaba cerca de cincuenta años esperando. Podía considerar esto una penitencia exagerada. Siendo pesa a todo, optimista, agradezco que no se me enmoheciese el recuerdo, y que mi íntima dicha guardara la intensidad de aquella remota vez primera.

* En la adolescencia algún libro de Jean Giono no me interesó demasiado. No dándose la ocasión de releer a un autor cuyo cuarto de hora parecía concluido, podría haber muerto con mi tontería a cuestas. Pero disfruté *Le hussard sur le toit*, film de Rattenau, y quise ver el texto original. Ahora, después de haber leído cerca de trescientas páginas, no tanto sobre ese carbonaro turinés, Angelo, que tanto tiene de Fabrice, el de la *Cartuja*, sino sobre el cólera, verdadero y espeluznante protagonista, el peculiarísimo estilo de Giono me va a ocupar todavía un tiempo. No me importa que algunos detalles, los que parecen más científicamente "coléricos" sean pura invención: pasé a *Ennemonde*, que me llevó a las obras completas. *Cœurs, passions, caractères*, concluye con esta frase imperial: *C'était la nuit pendant laquelle un Russe ne tournait qu'autour de la terre*. No podía demostrar más comensamente su menosprecio por todo lo que la técnica entraña: sus desequilibrios, el cambio de valores ancestrales, el olvido de la ética como centro de la vida. No digo que sus personajes sean modelos morales. Como *Ennemonde*, son fuerzas de la tierra, sin más. Los últimos de ese libro son dos jóvenes paisanos, Isabelle y Leon, casi dos niños. Actúan como ladrones de alto vuelo y despistan a la policía de Francia, que nunca los buscaría en una cabañita de Manosque. Pero matan a un embajador en tránsito y, sitiados por un ejército, se toman el tiempo de preparar su propia muerte. Es natural que a Giono le parezcan más humanos —como lo son todos los personajes anteriores de este desfile de casi monstruos campesinos— que los cosmonautas que lo ignoran todo de la Tierra: su geografía, su historia, su cultura y por eso pueden ser capaces de interesarse en un mundonuevo: la Luna, o lo que se les proponga, con la seguridad de que será a su medida: algo sin pasado, sin un cúmulo de conocimientos que los trabe y perturbe su seguridad de ser la sal de la tierra, eso que su *self steam* reclama.

Soy consciente de que mi regreso a Giono debió algo a la mala conciencia de haber acatado el juicio en su contra de su época: pacifista, anticomunista, escéptico respecto a las virtudes humanas y tildado de colabo, lo borraron por mucho tiempo de los mapas que tantas veces incluían archipiélagos imaginarios. Hoy está en la *Bibliothèque de la Pléiade*.

* Quizás alguien lleve la lista de cuántos personajes literarios han habitado en los árboles. No digo refu-

giarse provisoriamente en ellos sino vivir como el Cosimo de Calvino, gustáranle o no los caracoles. En *Ennemonde*, Giono, como quien pinta un pajarito disparatado en el fondo oscuro de un retrato, habla de uno, muy al pasar, haciéndonos creer que lo preocupan unas hayas altas. Que no lo eran tanto ya que el famoso *Numa Pellisson* había vivido en ellas. Creo recordar una precursora en W.H. Hudson...

* Pasa el polígono y gime: padezco anamorfosis, tengo una cara y otra y otra y no me busquen donde ya no estoy, donde comparezco y comparo, compadre de todos, comparsa de lo que sea, de amarillo, con dibujos negros: una manapare de andar sigmoideo.

* Pessoa asegura "haber sentido a distancia" la muerte (por estricnina), en París, de Sá-Carneiro. Michaux abandona el barco en que viaja porque un grupo de marinos de los que se ha hecho amigo, se ha declarado enfermo, quejándose de la horrible comida. Unos días después el barco se hunde cerca de Nueva York. Le oí contar a Vlady, entre historias de campos de concentración y persecuciones, en algún momento siniestro de la historia soviética, la de un tío suyo que, habiendo perdido la pista de su madre desde hace años mira, desde la cama de un hospital, a una anciana que fregotea el piso. Al levantar ella la cabeza reconoce a su madre. Las circunstancias los vuelven a separar. Pasa, muchos años después, por un pueblo donde velan a un muerto. Es su madre. ¿Sólo coincidencias? Décadas atrás unos novios amigos míos vivieron horas de angustia, porque sentían peligrar su futuro como pareja: él había perdido el anillo de compromiso en la playa al atardecer y ambos sentían que un augurio catastrófico emanaba de ese accidente. A la mañana siguiente no bien salió el sol fueron a la playa. Quien haya perdido algo pequeño en la arena sabe la absurda pretensión que implica ya, en primer lugar, el determinar horas después el lugar preciso. Sin embargo, mi amiga, que se había descalzado, con la mayor naturalidad del mundo, ensartó el anillo con uno de los dedos del pie y se lo alcanzó al novio, ahora confirmado nuevamente por el destino. Cuando lo improbable ocurre, la lógica se siente profanada. ¿Será que en un universo fractal es más fácil comunicar a la distancia, recuperar lo perdido, en los límites del tiempo, del continuo topológico que su etimología encierra? Aunque la lógica todavía lo rechace fuera de su mundo, la ciencia, obligada a inquirir, empieza a atender a las coincidencias, intuiciones, improbabilidades que aguardan a los bien dispuestos.

* Cuenta Paul Bowles que llevaron ciervos a Melilla desde España, para fomentar ese particular turismo

que huiría de la guerra pero encuentra sus delicias en la caza. Los ciervos se mezclaron con especies nativas y con el tiempo atacaron al hombre. En Austin, se los ve en las zonas residenciales de las colinas en busca de algo verde más apetecible que la hirsuta vegetación natural. No comen de la mano, pero están relativamente habituados a la gente. Aunque mucha de ésta prefiere la integridad de sus bien pensados jardines, no se los persigue. Como aquí lo imprevisible adquiere rasgos de paroxismo, como lo a-normal se subraya, se analiza, puede convertirse en la base de un inmediato decreto o aprovecharse para fertilizar los magros títulos de una brevísima tradición, el hecho de que un ciervo atacara a un hombre, lo pisoteara y destrozara su cuerpo adquirió tal entidad que por varias semanas todos hablamos de ello. Como la universidad cada tanto tira cañonazos sin pólvora contra los cautos, inteligentes y numerosísimos grajos para derivarlos hacia las colinas, sólo porque han convertido los sagrados estacionamientos en gallineros, temí que un ciervo belicoso o enloquecido aparejara la persecución de su raza. Pero el tema se extinguió poco a poco. Nadie recordó la historia de los vengativos ciervos neoafricanos. Pero estoy segura de que ya la naturaleza ha encomendado la continuación de la venganza a alguna otra especie. No hace mucho, tiramos un trozo de carne asada a un pobre perro de nuestra calle montevideana; para nuestro asombro, unas palomas, que suelen estar bien nutridas de pan inocente, se le anticiparon, ostentosamente carnívoras.

* Luis XIV pide a los arquitectos que construyen los jardines de Versailles que pongan "un poco de infancia". Bendito sea, porque se le ocurrió algo que suelen olvidar los urbanistas de hoy. Y no pienso en monótonos, no siempre estéticos juegos para niños, sino en fantasía, en algo de magia y misterio. Eso que pudo faltarles a los jardines ingleses, tenidos por expresión del deseo de aventura de quienes gastaban tiempo, dinero e ilusiones en crearlos. Un día alguien le agregó a uno un laberinto y ese jardín, así enriquecido, se hizo célebre. Al punto que jardinero hubo que hizo fortunas, completando con modelos seriados de laberintos los jardines de palacios o castillos venidos a menos, para atraer a los visitantes.

* Registra Tardieu, el tierno Jean Tardieu, una réplica ubuesca de Pierre y Jacques Prévert, en una fantasía que escriben para el programa radial *Club d'essais*. En ella un padre —capitán— le niega la mano de su hija al enamorado diciéndole: "*Mais, voyons, tous vous sépare: la fortune, le sexe!*"

* De niña había inventado un refresco, a falta de al-

go mejor, cuando me escabullía de las siestas obligadas del verano: le agregaba al agua helada unas gotas de vinagre y un poquito de azúcar. Ahora sé que los romanos lo empleaban y le llamaban *posca*.

* Como el sofá de la tante Léonie de Proust que termina con sus elegancias en un prostíbulo, los textos literarios pueden desembocar en usuarios para quienes nunca fueron previstos, como sabía Campana.

¿Para quienes, tan contra viento y marea, de modo tan confiado, escribió Sigismund Krzyzanowski (Kiev, 1887— Moscú, 1950)? Él, el impublicado por excelencia, tan impublicado que llegó hasta expresar su situación en una abreviatura que la volvía más íntima y asumida: *el impub*, el *impub* prototípico, borrado por asesores de revistas y de editoriales que se curaban en salud o que simplemente habían logrado conformar sus gustos y su juicio sobre los modelos que la mentalidad soviética exigía, siguió insistiendo hasta el fin de sus días. Integrado en una organización social cuya eternidad convencía incluso a sus oponentes, escribió más de tres mil páginas de las que sólo algunas conocieron la breve y precaria divulgación en alguna función teatral. Amigo de Malevitch, muy culto, políglota, estudioso de filosofía, intenta "fijar por la escritura lo que no ha sido pensado". Nada menos. Los jóvenes contemporáneos lo siguen en sus conferencias, pero a su muerte se hubiese desvanecido totalmente si alguien, Vadim Perelmuter, que investigaba los papeles de un crítico cáustico, también muerto, no se hubiese sorprendido ante una nota sobre Krzyzanowski, *genio desdeñado*, y no hubiera dedicado los siguientes treinta años de su vida a perseguir sus archivos, ordenados por la viuda, y a trabajar en ellos.

Krzyzanowski es ejemplo acabado y trágico de una creación que a falta de todo apoyo exterior se sostiene por sí sola en la rebeldía. Pound asegura que la poesía ocurre cuando un hombre que se aferra al silencio no puede dejar de hablar. K. es por el contrario aquel no pudo dejar hacerlo, *acorralado* por el silencio. La humillante recorrida por editoriales y periódicos donde sus textos eran rechazados con distintas excusas, derivó en un relato irónico y alegórico. Vuelca burlonamente su capacidad fabuladora en un personaje que destina a un casual compañero de un banco de parque los sucesivos comienzos posibles de cuentos que fluyen uno tras otro de su imaginación incesantemente nutrida por la realidad siniestra que los rodea. La conversación y los relatos los llevan a un cementerio. Es el espacio que le queda a sus personajes: alledaños de la ciudad, bancos de plaza, cementerios... cementerios en los que las coronas fúnebres se prestan por el breve lapso en que se cumple el entierro.

Cincuenta años después de su muerte empieza a publicarse en Francia una obra extensa, que incluye relatos, novelas y cuadernos de notas, escritas durante una guerra, una revolución (*una aceleración de hechos que el espíritu no logra seguir*) y lo que vino después. Puede imaginarse el desajuste entre el escritor y el medio ante el título —lo único que se conserva— de dos conferencias en un seminario de 1919: *Creación y creadores según el pensamiento de Juan Scoto Erigena*. Y *El borrador, análisis de la tachadura*, que anticipa los intereses de Gérard Genette. Quien escribió: *Los pesados camiones literarios de esos últimos años, rodando en el vacío, atravesaron con estrépito mi memoria*, no podía ser aceptado por los conductores.

* Amenicemos estas melancolías con una incomparable versión lébica del episodio de Paolo y Frances-

ca, que copié hace décadas del escrito de un estudiante: "El maestro se fue y lo dejó solo. Entonces, al quedarse solo y aburrido, empezó a llamar a las almas para que hablaran con él. Y vinieron el alma de Francisca y Paola. Él estaba en la desembocadura del Po, porque una persona le había dicho que era el lugar más tranquilo del infierno. Entonces Francesca empieza a hablar del amor y repite muchas veces la misma palabra. Pero Paola permanece siempre callada." Doy fe.

* Para un estudio de la nostalgia: la última tela que pinta Gauguin antes de morir en Tahití se llama *Paisaje bretón bajo la nieve*. A punto de desprenderse de los colores del trópico, del sol incandescente, de la desnudez edénica del paisaje de su elección, regresa, sin embargo, a la nieve no deliberada de su infancia. <

